

## La Guerra de las Dos Rosas

Recién se ponía término a la guerra de Cien Años, cuyos ruinosos resultados privaban a Inglaterra de todas sus ricas posesiones francesas con la excepción de Calais, cuando se dió comienzo a la lucha civil más larga y cruel que haya ensangrentado el suelo de aquel país. Ella resultó de la guerra exterior, puesto que el malestar causado por los contratiempos sufridos en Francia fué el primer factor de agitación, como lo fué asimismo el descontento avivado por los impuestos en constante crecimiento y el pago irregular de las tropas.

En Enero de 1450 el pueblo exigió por medio de sus representantes en el parlamento, el enjuiciamiento del duque de Suffolk, gran consejero de la casa real, a quien se acusaba con razón de haber cedido el Maine a Renato de Anjou para asegurar el matrimonio de la hija de éste, Margarita, con Enrique de Lancaster, que en 1422 había sido proclamado rey de Francia e Inglaterra con el nombre de Enrique VI. El monarca escuchó las quejas y aún autorizó el destierro de Suffolk; pero al conocerse esta resolución estallaron levantamientos populares en diferentes puntos del reino.

Suffolk se embarcó en Ipswich y, cuando cruzaba el canal en demanda de Francia, fué alcanzado por sus enemigos y decapitado en uno de sus propios barcos, resultando estériles los esfuerzos reales para salvar al favorito.

A fines de Mayo de 1450 estalló en Kent, el principal distrito manufacturero de la época, una verdadera revuelta que no tardó en propagarse por Surrey y Sussex. El abad de Battle y el prior de Lewes, dueños de inmensos terrenos, apoyaron abiertamente a los insurgentes. En seguida, el soldado Jack Cade, a quien se le reconoce un gran talento militar, reunió unos 20.000 hombres armados y marchó sobre Londres a fin de obligar al gobierno a hacer justicia a sus reclamaciones. Las tropas reales empezaban ya a sufrir vergonzosas derrotas, cuando un armisti-

cio puso término a las discordias. Aunque una amnistía aseguraba la tranquilidad de los rebeldes, la cabeza de Cade fué puesta a precio. Sin embargo, el leader popular pereció asesinado en una disputa con el sheriff de Kent.

Es notable el hecho de que las peticiones formuladas no contengan ningún punto que aporte cuestiones sociales o religiosas sino que se refieren todas ellas a necesidades de orden político. En efecto, las reclamaciones exigían reformas administrativas, cambios en el ministerio, una inversión más adecuada de los ingresos de Estado y la restauración de la libertad de elección.

Pero en cuanto se dispersaron aquellos hombres se olvidaron las promesas, y Enrique VI, sin hacer caso del movimiento siguió gobernando en provecho de una minoría y no de la nación. Así marchaban las cosas, cuando un nuevo elemento entró en juego. Ricardo, duque de York, que a la sazón se encontraba en Irlanda, abandonó apresuradamente este lugar para presentarse en la corte solicitando el restablecimiento de un gobierno fuerte y de orden y el castigo de los que habían perdido la Francia. Sus exigencias significaban la eliminación de los ministros de Enrique, en especial del duque de Somerser, que a pesar de su fracaso en Normandía había pasado a ocupar el puesto de Suffolk y contaba con toda la confianza del rey. Una odiosa rivalidad surgió entonces entre ambos duques, que ya miraban con ojos ambiciosos la corona inglesa. Como Enrique no tenía hijos, la sucesión del poder iba a ser disputada por los dos encarnizados rivales. En efecto, York, descendiente directo de Eduardo III y heredero de las Casas de Clarence y Mortimer; y Somerset, nieto de Juan de Gaunt y representante de una rama de la Casa de Lancaster eran los únicos nobles que poseían derechos inmediatos sobre el trono.

Tomás Yonge, diputado de Bristol, propuso el reconocimiento de Ricardo como heredero del cetro. Apoyada por la mayoría de los Comunes, la petición fué rechazada por los Lores. En seguida, el rey autorizó la disolución del Parlamento y envió a Yonge a un calabozo de la Torre, célebre fortaleza construída en la segunda mitad del siglo XI por Guillermo el Conquistador.

En 1454 la reina Margarita tuvo un hijo, de modo que las esperanzas del duque de York se frustraron completamente. Sin embargo, el mismo año el débil cerebro de Enrique cedió a la locura, ocasión que aprovechó el duque para dar rienda suelta

a sus ambiciones. Reunido el Parlamento nombró a Ricardo jefe del Consejo y protector del reino, confiándole asimismo tantos poderes como había gozado treinta años antes Humphrey, tío de Enrique y regente de la Corona. Pero el rey no tardó en librarse de la enfermedad que le aquejaba por lo cual el estado de cosas volvió atrás. Somerset, fué sacado inmediatamente de la Torre, a donde había sido enviado por su rival y recibió de nuevo el poder, esta vez apoyado por el vigor y la audacia de Margarita.

El duque de York no era un hombre a quien se pudiera dominar con mucha facilidad; por eso antes que renunciar a sus elevados cargos, resolvió tomar armas contra Enrique, dándose comienzo así a esa terrible lucha de dos partidos aristocráticos y que iba a prolongarse por un tercio de siglo (1455-1485).

Conviene recordar aquí que no fué sólo la revancha del espíritu nacional contra los efectos de la guerra de Cien Años la que preparó el terreno, para las discordias. Como ya lo hemos visto, ella resultó en verdad de una serie de hechos convergentes: el deseo de algunos grupos sociales de imponer una dinastía de elección popular, la disputa del poder por dos bandos de nobles, la incapacidad del rey en las cosas del estado y el empeño de Margarita de apoyar a Suffolk y a Somerset.

Ambos bandos adoptaron una rosa por divisa. La Casa de Lancaster, representada por el rey y sus partidarios, ostentaba una rosa roja, y la Casa de York, cuyo jefe era Ricardo, una rosa blanca. De ahí el nombre de Guerra de las dos Rosas con que se acostumbra designar los numerosos choques entre los rivales.

El duque de York, contando con el apoyo de los condes de Salisbury y de Warwick miembros principales de la familia Neville, marchó contra Enrique VI, que se hallaba en Saint Albans y se apoderó de la ciudad (1455). La victoria yorkista fué completa, pues el rey cayó prisionero y Somerset quedó muerto en el campo. Una reconciliación temporal de las dos fracciones aseguró a Ricardo el título de protector hasta que en 1460, y a raíz de la nueva derrota de la rosa roja en Northampton, el Parlamento lo declaró heredero del trono.

Sin embargo, la orgullosa Margarita no pudo soportar que los derechos de su hijo fueran usurpados. Reuniendo todas las fuerzas de que podía disponer, se presentó a la lucha que concluyó a su favor con el triunfo de Wakefield, en 1460. El decalabro tuvo malas consecuencias, en razón

de que aquí acabaron los días del ambicioso Ricardo, cuya cabeza, coronada con una diadema de papel, fué a parar sobre una pica clavada en las murallas de York.

Poco después, en 1461, los yorkistas consiguieron el desquite al salir victoriosos del combate librado en Mortimer's Cross. En este mismo año, Saint Albans se constituyó de nuevo en escenario de una desesperada contienda; y como los partidarios de la casa real obtuvieron un ruidoso triunfo para sus armas, optaron por marcharse hacia el norte del país, entregándose a una feroz persecución del enemigo. Los yorkistas emprendieron la retirada aprovechando las sombras de la noche y entraron a Londres. Aquí, Eduardo, conde de March e hijo del duque de York, fué saludado como la «Rosa blanca de Ruán» y proclamado rey por los Comunes bajo el título de Eduardo IV. Enrique soltó el cetro con la misma debilidad de espíritu que lo invadió durante los cincuenta años de su vida en la dirección de los asuntos públicos para convertirse desde entonces en juguete de los nobles y del Parlamento.

Con todo, su belicosa y resuelta mujer no soñó en ningún instante en renunciar a la lucha. En 1461 la batalla de Towton dada en medio de una terrible tormenta de nieve, concentró unos 120.000 hombres que en su mayoría eran mercenarios. Los yorkistas cayeron con furor sobre sus rivales y consumaron el triunfo con cerca de 40.000 víctimas. Enrique y Margarita y su pequeño hijo se libraron del puñal enemigo; pero debieron buscar apresuradamente refugio en Escocia. Con esta victoria se perdió la causa de la Casa de Lancaster y la corona de Inglaterra pasó a manos de Eduardo de York. Dirigió a los de la Rosa roja, el conde de Warwick, el noble más poderoso del país y hombre de tanta influencia como el soberano. Recibió en recompensa grandes terrenos de entre los confiscados a los partidarios de Enrique y fué honrado con los cargos más altos por los oportunos servicios que prestó a las yorkistas.

En Hedgeley Moor y Hexham (1464) Margarita sufrió de nuevo el peso de la derrota. Su marido fué tomado prisionero y encerrado en la Torre, mientras ella y su hijo escapaban a Francia. Por fin el poder de Eduardo presentaba cierta firmeza y el país comenzaba a volver a la paz. Pero cuando se supo que el rey se había casado secretamente con una joven viuda llamada Isabel Grey, dama de rango no muy elevado, Warwick complotó para destronarlo. Entonces Eduar-

do, ayudado por el duque de Borgoña hizo frente al partido de Lancaster en Barnet (1471) y lo derrotó completamente. Durante la pelea Warwick fué asesinado. En el mismo año Enrique murió en la Torre, poco después del combate de Tewkesbury que causó la pérdida de su hijo.

Enrique IV fué un hombre agradable, de gran valor y habilidad; pero en el fondo era cruel, ambicioso y extremadamente egoísta. Fué muy popular entre las clase trabajadoras porque protegía sus derechos contra los otros.

Fué durante el gobierno de Ricardo III cuando se libró la última batalla de las dos Rosas en Bosworth, en 1485. Enrique Tudor, su sucesor en el trono y miembro de la Casa de Lancaster se unió en matrimonio con Isabel, la hija de Eduardo IV. De este modo las dos Casas quedaron unidas y la nueva divisa fué una rosa mitad roja y mitad blanca.

Las guerras de las dos rosas fueron luchas de dos clanes empeñados en su destrucción recíproca. La burguesía de las ciudades es completamente indiferente a esta lucha y, evitando lo posible de tomar parte en ella, se somete al vencedor. Del sitio de las ciudades nadie se defiende: si hay alguna resistencia es porque así lo estima la guarnición. Un hecho notable es que la burguesía en su indiferencia favorecía más a los yorkistas porque parecían ofrecer más probabilidades de un buen gobierno. Pero este favor jamás va más allá de ser una medida de ayuda a la rosa blanca en contra de los de la casa de Lancaster. Esa indiferencia no es otra cosa que su actitud frente a dos clanes rivales igualmente detestables. El Parlamento tiene organización, pero si bien presenta poderes reales, goza, sin embargo, de una acción limitada; es el juguete de los partidos que son los que consuman las elecciones; es un parlamento al estilo de los que se ve a menudo en muchos países europeos del siglo XIX.

El feudalismo inglés ofrecía en esta época un aspecto nuevo. El poder de un señor no se limita a extender sus posiciones y su séquito no sólo incluye a los terratenientes sino también a todos aquellos que han escogido sus colores: rosa blanca o roja.

La pequeña nobleza en vez de apoyar al rey como en tiempos de la conquista normanda, contrae el hábito de volverse hacia el gran señor vecino. Los **freemen** ya no combaten dirigidos por el sheriff del rey pues están ligados al gran propietario en la guerra y en la paz y le siguen junto con los terratenientes. El rey posee

sólo el ejército formado por sus partidarios.

Algunas veces, como sucedió en Torton, las ciudades eran cogidas por el torbellino de la lucha; pero, en general, los agricultores y comerciantes del país se mantenían por completo alejados de ella.

El comercio exterior del país, que hasta entonces había sido dirigido por italianos, mercaderes hanseáticos, catalanes y franceses, pasaba lentamente a manos de ingleses establecidos en Florencia, en Venecia y en las costas del Báltico.

En esta época también se introdujeron

importantes reformas en el sistema de juicios, mediante la separación entre miembros del jurado y testigos.

ANTONINO REYES VERA.

### **Bibliografía**

JOHN R. GREEN.—A Short History of the English People.

ARTHUR INNES.—History of England.

HENRY PERENTOUT.—Histoire de L'Angleterre.